

EL PERITO

I

Todos cuantos se interesan por los estudios médicos, conocen de nombre al profesor Courrioles, el autor de aquel «Tratado de Psiquiatría» que es para Francia lo que para Alemania el libro de Kroepelin o el de Krafft-Ebing, para Rusia el de Kossakoff y el de Morselli para Italia: el cuadro más completo de las doctrinas francesas sobre las enfermedades del espíritu. Menos elegante en su forma que Gilbert Ballet, menos original en sus intuiciones que Ernest Dupré, menos enciclopédico que Grasset, Courrioles tiene el mérito de haber reunido un número de observaciones clínicas realmente prodigioso. Quizá no quedará nada de las teorías que ha edificado: por ejemplo, de su hipótesis sobre lo que él llama las «semipsicosis»; pero sus descripciones son tan vivas, tan gráficas, para valernos de una palabra inglesa de singular contenido, que durarán tanto como las de Trousseau. Lo que durará también para quienes le han conocido, es el recuerdo de uno de los más extraordinarios personajes de este tiempo. Físicamente,

Courrioles es una especie de gigante fornido, al que el pelo encarnado y las gafas de oro darían aspecto de sabio alemán, si no fuera por la fijeza netamente latina de su mirada. En verano como en invierno, desde las ocho de la mañana ya está embutido en su levita negra, donde la rosetilla de la Legión de Honor pone la única nota algo clara. En verano como en invierno, a la misma hora, su coche antes, su automóvil hoy, le lleva a la clínica de un asilo de las afueras, del que es médico director. Sale de él al mediodía para regresar al muelle de la Megisserie, donde vive, precisamente frente al Palacio de Justicia, y que es uno de los centros de su actividad. Ahí se ha creado para él una sala especial, conocida en el mundo de la Medicina legal con el nombre de «Clínica del Palacio». Llega a las dos y sale a las cinco o a las seis algunas veces. Su misión consiste en examinar los individuos detenidos en la vía pública y sospechosos de enajenación. Dos veces a la semana da una lección de psiquiatría, a la cual no son admitidos más que un número muy restringido de alumnos y algunos colegas. A las seis vuelve a su casa: cena solo, lo mismo que comió. Su régimen alimenticio está dispuesto con una exactitud y una sobriedad completamente monacales. A las ocho se pone a trabajar, y ordena sus observaciones del día, hasta la una de la madrugada. Su despacho está tapizado del modo más extraño, con la más siniestra colección de fotografías: accidentados, melancólicos, dementes, paralíticos generales, alcohólicos y degenerados. Ese museo de horrores, cuidadosamente catalogados, se prolonga hasta el dormitorio, el comedor y el pasillo. Courrioles no es verdaderamente feliz más que en medio de esos documentos de las más lastimosas enfermedades humanas. No se le conoce ningún amor, ningún capricho, ningún vicio, sino la psiquia-

tría. No vive más que para ella, para esta ciencia todavía incipiente y de la cual ha sido infatigable obrero desde hace casi treinta años, y tiene cincuenta y cinco. No tiene clientela. Apenas si, de cuando en cuando, acude a una consulta, tratándose de un caso extraordinario. Entonces se hace pagar bastante caro, para poder vivir con sus modestas rentas, a las que se unen los módicos honorarios de médico de asilo y del Palacio. No ha ocupado más que un año la cátedra creada para él en la Facultad y cuya tarea encontró incompatible con sus investigaciones apasionadamente perseguidas, reduciendo su enseñanza a dicha conferencia bisemanal. Sus trabajos de perito forense completan su presupuesto, sistemáticamente reducido a unos veinte mil francos. Su gasto más importante es el automóvil, por la mañana, que le economiza tiempo. No es menos económico de palabras, de gestos, de todas las manifestaciones de su pensamiento. Si se añade que su integridad científica hace de él un maestro, en la más pura acepción de esta palabra, se comprenderá la reputación de que goza entre los estudiantes, los cuales consideran como un favor inestimable el ser admitidos a seguir libremente los diagnósticos que hace de sus enfermos en el asilo y sobre todo en el Palacio. Pero es sumamente avaro de esta autorización, y apenas si tiene dos alumnos a la vez en la reducida sala adonde se le llevan los detenidos de la noche y de la mañana.

Demasiado pequeña es dicha sala, dispuesta en la parte del piso bajo del Palacio de Justicia, que da a la Consejería. Una mesa y seis sillas la amueblan. En la pared, un tablero reservado para pruebas caligráficas de los desgraciados que allí se conduce y que no saben hacer una suma sin equivocarse, ni trazar diez letras seguidas. Dos ventanas enrejadas proyectan una luz débil. La puerta da a un pasillo donde

se abren una serie de celdas con ventanillo. Sobre la mesa hay una lámpara eléctrica que se emplea para apreciar el grado de reacción que conservan las pupilas. Un pequeño martillo cerca de ella, está destinado a provocar los reflejos. El membrete del papel colocado en la papelera, «Tribunal del Sena, Enfermería especial», resume perfectamente la doble impresión, de cárcel y hospital, que causa al visitante ese trágico recinto. Y ahí es donde Courrioles ha pasado innumerables horas de embriaguez intelectual. Es necesario haberle visto, en la mesa, interrogando a uno de sus clientes, para comprender hasta qué grado de exaltación interior puede llevar a un hombre el amor a las ideas. La atención hace terso su rostro surcado de arrugas. En sus pupilas claras brilla una llama. La fiebre del descubrimiento anima su cuerpo, cuya crispación nerviosa se adivina bajo el vestido. Hay algo de cazador, o más bien de policía, en ese eretismo del sabio, para quien el individuo sentado ante él, hombre o mujer, no es más que una experiencia intentada por la naturaleza, y que es necesario descifrar. Ese individuo ha sido detenido porque ha robado, porque ha disparado un tiro, porque ha intentado arrojarse al Sena, porque ha escandalizado, amotinando a los transeuntes en la calle, le han conducido a la enfermería. ¿Quién es? ¿Un vulgar malhechor o un enfermo? Si es un enfermo, ¿cuál es su enfermedad? La responsabilidad de estas preguntas es terrible. Bastarán algunas líneas pergeñadas por Courrioles para que ese ser sea enviado al hospital de locos, o a la calle. La primera hipótesis es la de menores consecuencias. En un hospital, se le examinará de nuevo y quizá el diagnóstico del célebre psiquiatra sea modificado. Es la otra, la de la libertad, la que angustia la frente del médico. ¡Qué caso

de concienzal ¡Tener delante de sí a un alienado cuya locura no se puede discernir y que mañana, pasado mañana o a los ocho días, este alienado se convierta en un asesino, en un incendiario! Ese interés del deber social se mezcla en el sabio con la intensa alegría de la curiosidad profesional. Porque en último extremo, para él, ese individuo es, ante todo, un caso. Y las inflexiones de la voz de Courrioles reflejan, a su pesar, la vehemencia de tal interés. Esa voz ausculta literalmente al paciente. A golpes de breves preguntas, si esto puede decirse, el psiquiatra tantea aquella inteligencia y aquella sensibilidad. De pronto se vuelve hacia uno de los dos alumnos sentados a su lado, porque jamás admite un tercero a estas sesiones.

— Veamos, Portehaut, su diagnóstico.

El alumno, azorado, aventura tímidamente:

— Es un *Pe-Ge* (las dos sílabas que designan un Paralítico General en el vocabulario de la Clínica).

— ¿Y el suyo, Croulebois?

— Un paranoico (1) de origen etílico—responde Croulebois con un tono más firme.

— Ni lo uno ni lo otro—rectifica Courrioles.

En pocas palabras expone sus conclusiones, que comenta analizando al enfermo, que unas veces sonriente, otras indómito, asiste como idiota a esa disección de su personalidad. En esos cuadros improvisados, en que es preciso compendiar todo un destino humano, Courrioles es incomparable. Ningún novelista le iguala en invenciones pintorescas, ningún policía en sutiles deducciones sobre los datos más sencillos. En cada una de sus palabras se siente la

(1) Término sacado del griego por Kroepelin. Designa un individuo que piensa por sugestión: de παρά «al lado», y νόος, «inteligencia».

maestría, la seguridad del vidente que escoge con certeza, adivina el detalle significativo. El enfermero en pie detrás del enfermo, si es hombre, o la enfermera, si es mujer, no pueden menos de escuchar aquella palabra tan clara en su tecnicismo. Y la hermosa lección, que se perderá como tantas otras, acaba con un resumen escueto de diez y ocho líneas, escrito por el profesor con su escritura delineada, y como dibujada con el estilógrafo que siempre lleva consigo, sobre uno de los papeles administrativos, extendiendo la sentencia de arresto o de libertad. El enfermero o la enfermera le levantan mientras el psiquiatra dice tranquilamente: «Otro».

¿Tranquilamente? No. Su entusiasmo es demasiado vivo. Ese otro será quizá un delirante de otro género, el caso único de que están ávidos todos los coleccionistas. ¿Acaso no hay algo de coleccionista en Courrioles? Sus ojos tienen una mirada de espera, siempre impaciente, cada vez que la puerta se abre para dar paso a un enfermero introduciendo a un nuevo sujeto.

II

A principios del invierno pasado, tuvo ese sabio entusiasta una de las más intensas alegrías de su vida profesional. Se le encargó, como perito, de examinar a un criminal cuyo nombre tuvo alguna boga hace cuatro años. Hoy, ya, ¿quién se acuerda de Guillermo Ribier y de aquel asesinato cometido en Grenoble, en la persona de un relojero, y donde el jurado, sin que pueda comprenderse por qué, encontró circunstancias atenuantes? Ribier, condenado a diez años de trabajos forzados, se volvió loco poco des-

pués de la condena. Recluído en un manicomio, salió de él casi curado para volver a la prisión. Desde entonces comenzó a escribir a los médicos, a los magistrados, a los ministros, al jefe del Estado, súplica tras súplica, aduciendo que había cometido el hecho por el cual sufría condena, en un momento de locura del que no se había dado cuenta hasta después de su gran crisis. El azar quiso que una de esas cartas, cayese en manos de uno de los miembros del Consejo, antiguo interno del hospital, que se interesó en su juventud por la psiquiatría. El tono de sinceridad del memorial le impresionó. Creyó reconocer un carácter de verisimilitud en los argumentos alegados por el suplicante, y habló de ello a su colega el ministro de Justicia, que fué del mismo parecer. El resultado había sido aquel peritaje confiado a Courrioles.

— He leído todo el proceso—dijo a Portehaut—. Tengo una gran curiosidad por ver a ese hombre. Los detalles que da sobre su estado mental antes del proceso son tan preciosos, que sólo un alienista podría inventarlos. Ahora bien: Ribier, antes de asesinar al relojero, trabajaba en la carpintería, y jamás hizo estudios de Medicina. ¿Cómo, pues, habría podido construir una fábula tan exacta, tan especiosa?... Sin embargo, hay una cosa que me intriga.

— ¿El retraso con que se ha planteado esta reclamación?—insinuó Portehaut, cuando calló el maestro.

— No—dijo Courrioles—. Es muy posible que una primera crisis de manía pase inadvertida para el que la experimenta, si no hace más que iniciarse. Pero hay demasiada coherencia en los síntomas presentados por Ribier. Esto huele a construcción—repito la palabra—reflexiva y voluntaria. Me acuerdo de lo que me decía un anticuario a quien he asistido: «Lo que distingue el objeto falso del auténtico es

que, casi siempre, el objeto falso es demasiado perfecto...» Ya veremos...

Pronunciaba estas prudentes palabras, divisa de todos los investigadores, mientras se sentaba a la mesa en la estrecha sala de la enfermería del Palacio, y hojeaba el paquete de fichas en que estaban anotados los enfermos del día.

— ¿No hay nada urgente?—preguntó.

Y al contestarle Portehaut:

— Creo que no...

— Empecemos entonces por Ribier— continuó el profesor—. Tráigale, Habert.

El vigilante Habert era un antiguo soldado, un atleta de faz rojiza y alegre, alegre aun en tarea tan horrorosa, el cual se llevó a la fregate el dorso de la mano, resabio que le había quedado del cuartel, y que Courrioles comentaba invariablemente con una expresión técnica dirigiéndose a su alumno: «Este-reotopía del saludo militar». Dos minutos después regresaba el vigilante, conduciendo a un joven de veinticinco años, con el uniforme gris de los correccionales, y a quien el doctor invitó, con un ademán, a sentarse en la silla situada al otro lado de la mesa, cosa que verificó naturalmente, pausadamente, lo mismo que había entrado. Miró al sabio, que a su vez le miraba a él. Aunque Guillermo Ribier fuese un hermoso hombre, con delicadas facciones, la carencia de expresión daba a su fisonomía un carácter siniestro. Los músculos del rostro estaban completamente inmóviles. La extremada agilidad de las pupilas grises, siempre moviéndose en el rostro negruzco, como esculpido en una materia insensible, madera, cera o piedra, daban la idea del acecho. Era el animal batido que despliega toda su energía para no perder una sola coyuntura de escapar o de atacar. Cuando el joven hablaba, la boca se agitaba con

un movimiento tan estudiado, que sólo hablaba con los labios, como si esa parte de la cara hubiese sido movida por un mecanismo absolutamente independiente. Las palabras salían un poco atropelladas, dichas entre dientes, sin entonación alguna, sin que la menor emoción las matizara. Aquella total impasibilidad no iba a desmentirse un segundo durante el interrogatorio comenzado con la fórmula ritual:

— ¿Se llama usted Guillermo Ribier?

— Sí, señor doctor.

— ¿Ha sido usted condenado por el asesinato del relojero Jacquín, en Grenoble, y recluso luego como loco?

— Sí, señor doctor.

— ¿Y pretende usted que en el momento de cometer el asesinato estaba ya loco, y que a causa de su estado no se ha podido defender en su proceso?

— Sí, señor doctor.

— ¿Puede usted decirme lo que sentía entonces?

— Sí, señor doctor. Primero debo decirle que mi madre fué siempre muy nerviosa. Quizá en ella esté la causa de que yo lo sea. Mi padre había muerto y yo dormía en el cuarto de mi madre. Una mañana, a eso de las seis, me despertó un grito y la vi, era en primavera, retorciéndose y gimiendo, los ojos abiertos y desorbitados, un brazo, el derecho, sobre el pecho, y el otro, el izquierdo, sacudido con movimientos convulsivos. Intenté hablarla para que despertase, pero no me oía. Después quedó inmóvil y con un ronquido. Cuando volvió a abrir los ojos, no me reconocía.

— ¿Era una crisis histérica o comicial?—preguntó el médico.

— No sé—respondió Ribier, pareciendo no comprender los términos científicos de que Courrioles se

había servido para designar ese fenómeno nocturno tan claramente descrito por el que decía ignorarlo—. Aquel ataque nervioso de mi madre me horrorizó de tal manera, que estuve enfermo. Ella murió mucho tiempo después, pero no de eso, sino del pecho. Desde entonces he sido siempre muy nervioso, muy impresionable. Seis meses antes del suceso de Grenoble, comencé a estar triste sin motivo. Estaba en casa de un buen patrono. Me portaba bien. Tuve dolores de cabeza. No comía. No dormía. Todo eso pasó. La semana que precedió al hecho, experimenté un sentimiento de bienestar extraordinario. A un camarada le decía que Grenoble era mío. Luego, un día me encontré víctima de una excitación que no pude dominar. Me movía incesantemente. Cambiaba de ideas, a pesar mío, con una rapidez que a mí mismo me asombraba. Me sentía atraído invenciblemente por cosas que antes me eran indiferentes, la bebida, por ejemplo. Esto no me gustaba. Era una necesidad a la que no podía resistir. Lo mismo que para las mujeres. Yo tenía una querida que casi no era más que una amiga. Comencé a experimentar por ella una pasión que no comprendo hoy. Por ella cometí el crimen. Quise regalarle un reloj con cadena por el que se encaprichó un día al pasar por la tienda de Jacquín. Jacquín no quiso darme la joya a crédito. Me cegué. Le golpeé sin darme cuenta. A partir de ese momento, hasta la salida del manicomio, todo es como un sueño para mí. Mi detención, mi encarcelamiento, el juicio, son imágenes que recuerdo como si las hubiera visto durmiendo. Hay algo entre mí y ellas. El manicomio, luego, es la noche cerrada. Y una mañana me encontré despertando con tanta lucidez como la que hoy tengo. El médico me ha dicho que me volví loco en la prisión y ha tenido que contarme mi propia historia. Yo me doy exacta cuenta

de que el acceso había comenzado antes. Por eso pido la revisión de la causa.

— ¿Cómo explica usted—interrogó Courrioles—, si todo eso pasó como dice, que haya usted violentado la caja de caudales del relojero y substraído lo que contenía, joyas y valores por una suma que los documentos encontrados en casa de Jacquín permiten evaluar en 60 ó 70.000 francos?

— También me han dicho eso—respondió Guillermo Ribier—, que había desaparecido una suma importante. Quizá hubiera podido cogerla yo en un momento de inconsciencia. Pero en aquel momento yo no estaba inconsciente. Hasta que llegué al hospital no lo he estado. Debería acordarme.

— ¿Supone usted, por tanto, que algún otro haya robado esa suma?

— Sí, señor doctor. Al leer los detalles de mi proceso notará usted que yo llegué a casa del desgraciado Jacquín a las cinco de la tarde. Eso está probado. Los vecinos no se extrañaron de ver la tienda abierta y sin luz, hasta las ocho de la noche. Entre las cinco y las ocho hay algún tiempo. Yo supongo que un transeunte entró. Vió el mostrador vacío. Era un ladrón y juzgó propicio el momento para dar un golpe, ya porque viera el cuerpo de Jacquín, ya porque no viera a nadie, lo cual también es posible porque yo le había llevado a la trastienda.

— Pero ¿y las llaves? ¿Cómo se procuró las llaves aquel ladrón si no las tomó del difunto?

— Pudo tomarlas del difunto—respondió Ribier—. También pudo encontrarlas en la caja. ¿Quién le dice que Jacquín, cuando salió de la trastienda al ruido del timbre para venir adonde yo estaba, no se hallara ocupado en guardar algún objeto en la caja de caudales? ¿Quién le dice, sencillamente, que no hubiera dejado su manajo de llaves en el bolsillo de la cha-

queta que se encontró colgada en la trastienda? A causa del calor estaba en mangas de camisa. Pero no es cosa mía explicar una coincidencia que no tiene nada que ver con la tesis que yo sostengo y que es la misma justicia. Señor doctor, usted opinará que a un enajenado no puede considerársele como responsable. Yo era un enfermo y no se sabía. La prueba de ello se hizo después de mi prisión. Yo pido que mi proceso se revise en virtud de ese nuevo hecho y que pueda defenderme ahora que he recobrado mis facultades.

Todo ese discurso había sido pronunciado con la misma voz apagada, sin entonaciones ni altibajos, que daba la idea de sílabas emitidas con metrónomo, y siempre con aquella inmovilidad de semblante que lo mismo podía reflejar el asombroso dominio de sí que la anormalidad del maniático.

Courrioles no estaba menos impasible.

— Resumamos todos los síntomas de que usted me ha hablado—dijo el médico—. Los ataques nerviosos de su madre, ¿tuvieron algún otro testigo?

— Mi padre—respondió Ribier—, pero nadie más. No sucedían más que por la noche.

— ¿No se remontaban a la infancia, por tanto?—preguntó el doctor.

— Ella me dijo siempre que no había tenido más que tres—contestó Ribier—, y el primero a los veintisiete años.

— ¿Luego sabía que los había tenido?—interrogó Courrioles.

No parecía nada aquella breve réplica, y era el duelo que comenzaba ante dos testigos, de los cuales, uno solo, Portehaut, podía comprender el detalle del encuentro. El vigilante Habert no sabía bastante patología para percibir el lazo tendido desde el primer momento por el psiquiatra al forzado. Lo que

distingue las crisis histéricas y epilépticas, diurnas o nocturnas, es que el enfermo sale de éstas sin guardar recuerdo alguno de lo que le ha pasado. Es raro que la histeria y la epilepsia se declaren de golpe después de los veinte años, muy raro que los accesos sean exclusivamente nocturnos. Sin embargo, eso es posible. En cambio, la inconsciencia es regla absoluta. Si a la pregunta sobre la memoria de su madre, Ribier contestaba afirmativamente, estaría confeso de simulación. Sería seguro que había inventado esas crisis para atribuirse una tara hereditaria.

— Mi padre se lo había dicho—respondió él—, porque ella no se acordaba de nada al despertar.

— ¿Y ella no tenía algún otro síntoma nervioso?—preguntó el médico después de un minuto de silencio.

Mientras el interlocutor preguntaba de ese modo, ¿qué penetrante mirada le había echado! ¿Era posible que un obrero hubiese adquirido nociones de tal precisión científica sobre las enfermedades del encéfalo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? A esa segunda pregunta, más insidiosa aún que la primera, Ribier contestó de manera que revelaba, o bien que decía la verdad, o si no, que poseía un conocimiento especial de la patología nerviosa, porque comenzó a referir una serie de detalles que demostraban que su madre había estado realmente atacada del «mal sa grado».

— A veces sentía—dijo—necesidad de un sueño imperioso que le era preciso satisfacer dondequiera que fuese. Salía de él con dolores de cabeza terribles... Otras, sentía grandes temblores... Pero no es eso sólo. Me olvidaba decir que en ocasiones la ocurría conservar una actitud muy fatigosa indefinidamente, si no se llamaba su atención. Yo la he visto permanecer lo menos media hora con una garrafa

que levantó para servirse, teniéndola colgada de la mano. Quitando esto, era como todo el mundo.

Ante esa respuesta, el médico cambió rápidamente la dirección del interrogatorio. Dejó a la madre para pasar a la permanencia de Ribier en el manicomio. Sus preguntas se hicieron rápidas, breves, casi incoherentes al parecer. El otro respondía pausadamente, con cierta cachaza, que dejaba adivinar una voluntad en tensión. Lo cual podía ser también una sincera preocupación de defenderse, muy legítima en el hombre que él pretendía ser. Si efectivamente había estado loco, era muy natural que tratase de demostrarlo para recobrar la libertad. Cuando, por fin, después de una hora de examen, Courrioles dijo al vigilante: — He terminado; puede usted llevarle—la impasibilidad del forzado pareció desvanecerse.

— ¿No me hará usted padecer mucho tiempo, señor doctor?—dijo al retirarse.—. Usted sabe que es muy duro estar encarcelado por un crimen del que no se es realmente responsable. Ya es bastante haberle cometido cuando no era uno dueño de sí.

III

— ¿Qué le parece?—preguntó Courrioles a Portehaut cuando se cerró la puerta, y el maestro y el alumno se encontraron solos.

— Me parece, querido maestro—respondió el estudiante—, que es el simulador más extraordinario que yo he visto.

— Va usted un poco de prisa—dijo Courrioles, moviendo la cabeza—. Ya ha visto usted que ha sido exacto, hasta clásico, en lo que nos ha dicho de las convulsiones de su madre. El no puede haber in-

ventado lo que nos ha referido sobre la tendencia que tenía a conservar las actitudes tomadas. Es la catatonía, diría Kahlbaum. Sería preciso suponer que ese mozo en su celda ha tenido entre las manos algún libro de vulgarización sobre enfermedades nerviosas y que ha trabajado en él como un aspirante al internado. Es posible, pero inverisímil. ¿Y el cuadro de su propia enfermedad, aquel período de invasión señalado por vagos sufrimientos con todos los signos somáticos de rigor: cefalalgia, insomnio, inapetencia? Luego aquel bienestar, aquella agitación tan característica, y todo lo demás, hasta aquella brusca cesación de fenómenos al despertar una mañana... Si yo hiciera el loco, no trataría de simular más síntomas que esos. Pero hay que repetir, Guillermo Ribier no es un alienista... Por otra parte—añadió el sabio después de un silencio—, hoy sólo le he tanteado... Mañana le plantearé una cuestión respecto a la cual ningún libro puede prepararle. Ya la conoce usted. Se trata de mi ley inédita: la de la hiperestesia disociada.

Esa ley que el psiquiatra reivindicaba para sí con ese orgullo ingenuo, la conocía Portehaut, pues había visto a su maestro buscarla y descubrirla recientemente. A Courrioles le había extrañado notar, en los enfermos conducidos a sus dos clínicas, un contraste singular: el de su insensibilidad general con el exceso de su sensibilidad particular. Un maniático vaga medio desnudo por las calles en un tiempo frigidísimo sin notar el frío. He aquí la insensibilidad general. Un ruido muy débil y que no llega a nosotros, lo percibirá él con una fineza de oído que revela, por el contrario, una extraordinaria sobreexcitación del órgano. He aquí el exceso de sensibilidad particular. Eso era lo que el médico en su lenguaje técnico, casi incomprensible, llamaba hiperestesia disociada.